

Sobre las leyes del capitalismo

John Bellamy Foster y Paul M. Sweezy

1. Entresijos del debate Sweezy-Schumpeter

John Bellamy Foster

En febrero de 2011, mientras preparaba el borrador de lo que iba a convertirse en el artículo «Monopoly and Competition in Twenty-First Century Capitalism» [Monopolio y competencia en el capitalismo del siglo XXI], escrito junto a Robert W. McChesney y R. Jamil Jonna (*Monthly Review*, abril de 2011), decidí ojear la copia de Paul Sweezy de la edición original inglesa de 1942 de *Capitalismo, socialismo y democracia* de Joseph Schumpeter, que obraba en mi poder. Al hacerlo, encontré, metido en el libro, un documento plegado de dos páginas, «The Laws of Capitalism» [Las leyes del capitalismo]. Estaba escrito a tinta con la letra tremendamente compacta de Sweezy. En la esquina superior derecha, Sweezy había anotado a lápiz (sin duda mucho más tarde): «(Debate con J.A.S. ante el Club de Economía de Estudiantes Graduados de Harvard, Littauer Center, probablemente en 1946 o 1947)». El documento consistía en un resumen detallado, con frases completas, de una intervención en un debate. Me di cuenta de inmediato de que aquella era la intervención inicial de Sweezy en el ya legendario debate entre Sweezy y Schumpeter. Hasta ese momento, como el resto del mundo, yo daba por sentado que no se conservaba ningún registro detallado de las intervenciones en dicho debate.¹

A principios del trimestre hibernal del curso 1946-1947, el Partido Socialista de Boston había escrito al departamento de economía de Harvard para proponerle un debate sobre el capitalismo y el socialismo. El departamento entregó la carta a Schumpeter, que respondió que las aulas eran un lugar poco apropiado para ese tipo de intercambios, pero que se ocuparía de que el Club de Estudiantes Graduados de Harvard patrocinara el encuentro. Sin embargo, el Club de Estudiantes Graduados rechazó la propuesta. Aun así, el debate se celebró igualmente sin patrocinador alguno, con Sweezy y Schumpeter como protagonistas, ante un público que abarrotaba el auditorio Littauer de Harvard.²

Décadas más tarde, Paul Samuelson, en el número de *Newsweek* del 13 de abril de 1970, recordaba el encuentro como un acontecimiento de proporciones casi legendarias:

• Artículo publicado en *MR*, vol. 63, nº 1, mayo de 2011. Traducción de Ricard Gil.

Los recientes acontecimientos en los campus universitarios me han hecho recordar uno de los momentos más memorables que he vivido. Tuvo lugar en Harvard en los tiempos en que los gigantes poblaban la tierra y recorrían Harvard Yard. Joseph Schumpeter, el brillante economista y profeta social de Harvard, iba a debatir con Paul Sweezy sobre «el futuro del capitalismo». Wassily Leontief ocupaba la silla de moderador y el auditorio Littauer estaba lleno a rebosar [...].

Dejad que haga una composición de lugar. Schumpeter descendía de la aristocracia de la Austria de Francisco José [...] Mitad embaucador, mitad sabio, Schumpeter había sido el *enfant terrible* de la escuela austríaca de economistas. Administrador de una princesa egipcia, propietario de una cuadra de caballos de carreras, antiguo ministro de Finanzas de Austria, Schumpeter podía calibrar las perspectivas de la sociedad burguesa con la objetividad de alguien cuyo mundo feudal había tocado a su fin en 1914. Su mensaje y su punto de vista pueden leerse en su obra clásica de hace un cuarto de siglo, *Capitalismo, socialismo y democracia*.

Frente al astuto Merlín se situaba el joven Sir Galahad. Hijo de un ejecutivo del banco J.P. Morgan,³ Paul Sweezy era el mejor producto de Exeter y Harvard [...] Sweezy se había establecido pronto como uno de los economistas más prometedores de su generación. Sin embargo, cansado de la sabiduría convencional de su época y espoleado por los sucesos de la Gran Depresión, Sweezy se convirtió en uno de los pocos marxistas de Estados Unidos [...]

Injustamente, los dioses habían concedido a Paul Sweezy, además de una mente brillante, un bello rostro y un agudo ingenio. Con lo que William Buckley hubiera deseado desesperadamente ver al mirarse en el espejo, Sweezy se enfrentaba al mundo. Si aquella noche le hubiera partido un rayo, el público lo habría atribuido sin duda a la envidia de los dioses.

Hasta aquí el reparto, y tendría que ser un William Hazlitt para transmitir con exactitud el intercambio inteligente, las limpias estocadas y los golpes esquivados, todo ello más disfrutable si cabe por el afecto evidente que ambos hombres sentían el uno por el otro a pesar de sus puntos de vista diametralmente opuestos.⁴

Para comprender aquel debate legendario y su importancia histórica, es necesario saber algo de las relaciones intelectuales y personales entre ambos protagonistas. Sweezy y Schumpeter se conocieron en otoño de 1933. Sweezy, que había cursado económicas en Harvard, acababa de pasar un año en la London School Economics y regresaba a Harvard para graduarse, profundamente influido ahora por sus primeros contactos con el pensamiento marxista. Mientras tanto, Schumpeter había aceptado un puesto de profesor de economía en Harvard. Aunque Sweezy no llegó a ser en ningún caso alumno de Schumpeter, participó en un pequeño seminario sobre teoría económica dirigido por Schumpeter, compuesto por unos cinco participantes entre los que se contaban Wassily Leontief, Oskar Lange y Elizabeth Boody (que más tarde se casaría con Schumpeter). Lo que distinguía a Schumpeter del resto de profesores de Harvard era que todo su sistema económico reflejaba un compromiso serio con el pensamiento de Marx, aunque sus propios puntos de vista conservadores fueran totalmente opuestos. Dedicaba al marxismo el cumplimiento de que tal vez fuera el movimiento intelectual más importante de la época. La obra clásica de

Schumpeter, *The Theory of Economic Development* [La teoría del desarrollo económico] (1911), estaba escrita con un objetivo que él consideraba similar al de Marx, en el sentido de proporcionar «una visión de la evolución económica como un proceso definido generado por el propio sistema económico».⁵

Sweezy y Schumpeter no tardaron en hacerse amigos íntimos, formando parte de la comunidad social e intelectual del Cambridge de la época. Durante dos años, a mediados de la década de 1930, Sweezy fue el ayudante de Schumpeter en el curso de licenciatura de introducción a la teoría económica de este último. Sin embargo, su relación fue más personal que intelectual. Como explicaba Sweezy en una carta a su amigo el economista Sol Adler (29 de septiembre de 1987):

En cuanto a mi relación con Joe, no sé si hay algo que pueda tener un verdadero interés. En el plano intelectual, no daba mucho de sí. Sentía curiosidad e interés por sus teorías, pero creo que a duras penas influyeron en mí. Nunca discutimos en profundidad de esos asuntos. La relación personal era otra cosa, pero tampoco es fácil de describir ni de clasificar. Tal vez yo fuera una especie de hijo putativo (por cierto, si yo fui su hijo putativo, entonces Taussig fue su padre putativo), y sin duda alguna nos apreciábamos mucho.⁶

Ese contacto cercano duró hasta que Sweezy se alistó en el ejército en 1942, el mismo año en que se publicaron *La teoría del desarrollo capitalista*, de Sweezy, y *Capitalismo, socialismo y democracia*, de Schumpeter.

La teoría del desarrollo capitalista, de Sweezy, debía su nombre a *La teoría del desarrollo económico*, de Schumpeter, lo que simbolizaba la relación compleja y dialéctica entre dos puntos de vista muy diferentes sobre el desarrollo económico.⁷ *La teoría del desarrollo económico* comienza con el famoso concepto de Schumpeter del «flujo circular». Se trata de un proceso económico en el cual no hay crecimiento, y del cual el empresario, que para Schumpeter es la fuente de todo desarrollo económico, ha sido eliminado. En la concepción de Schumpeter del flujo circular, el consumo es el motivo principal de la actividad económica; el beneficio y el interés no existen, y el conjunto de la economía se ajusta a un modelo perfectamente (o libremente) competitivo (muy en la línea de la teoría walrasiana del equilibrio general). La sociedad consiste en dos clases: los propietarios (que reciben rentas) y todos los demás. Todo el mundo tiene un acceso igualitario al «capital». Los empleados pueden convertirse en patrones, si lo desean. Los supuestos del modelo de Schumpeter son más que suficientes para generar una economía estacionaria. No obstante, eliminan también todos los rasgos institucionales del capitalismo. Al introducir a continuación al empresario innovador en este modelo estático, Schumpeter pudo argumentar que el empresario es la fuente de todo el desarrollo económico y del ciclo económico.⁸

En cambio, la versión de Sweezy de la economía política marxista en *La teoría del desarrollo capitalista* defiende que la acumulación, y no el empresario, es el motor principal de la economía, y que la lógica del sistema lleva de la acumulación a la innovación, y no al revés. En los esquemas reproductivos de Marx al final del segundo volumen del *Capital* se presenta un modelo de economía, llamado «reproducción simple», del cual se ha abstraído todo desarrollo. Continúan estando presentes todas las características institucionales del capitalismo, pero se presupone que todo el excedente se consume mediante un incremento del consumo capitalista, en lugar de invertirse en forma de nueva inversión neta (lo que no excluye la inversión sustitutiva de fondos amortizados). Eso produce una economía

que, simplemente, se reproduce a sí misma en el mismo nivel, año tras año. Sin embargo, Marx defiende que eso es, en realidad, imposible de mantener durante período de tiempo alguno en un sistema capitalista, cuyo credo es «¡Acumulad, acumulad!, en palabras de Moisés y los profetas». ⁹ Por consiguiente, pasa rápidamente del modelo abstracto de la reproducción simple al modelo más realista de la «reproducción ampliada», en el cual se produce la acumulación.

Mientras Sweezy sintetizaba la diferencia entre los sistemas de Marx y Schumpeter en su artículo «Professor Schumpeter's Theory of Innovation» [La teoría de la innovación del profesor Schumpeter] (publicado en 1943 en honor al sexagésimo aniversario de Schumpeter), para este:

Los beneficios *son resultado* del proceso de innovación y, por lo tanto, la acumulación es un fenómeno derivado. El punto de vista alternativo mantiene que los beneficios existen en una sociedad con una estructura de clases capitalista incluso en ausencia de la innovación. Bajo este punto de vista, la forma del propio proceso generador de beneficios produce la presión para acumular, y la acumulación genera innovación como un medio de preservar el mecanismo generador de beneficios y la estructura de clases en la que se apoya. ¹⁰

Lejos de ser un asunto menor, ese aspecto constituía la diferencia principal entre la economía marxista (y la clásica) y la economía ortodoxa o neoclásica.

La noción de Schumpeter de que el desarrollo económico surge del empresario individual podía llegar a ser plausible en el siglo XIX, en plena era de la libre competencia. Pero al imponerse el capitalismo de corporaciones gigantescas y monopolios, las ideas de la libre competencia y del empresario como fuerza principal del cambio económico se hicieron obviamente cada vez menos relevantes. Schumpeter fue el primer economista de la corriente dominante (no radical) que abordó en el plano teórico el advenimiento de una nueva etapa de concentración de capital, en su ensayo de 1928 «The Instability of Capitalism» [La inestabilidad del capitalismo], centrado en lo que él llamaba el «capitalismo de trusts», bajo el cual las empresas ya no actuaban como competidoras sino más bien como lo que él definía como «correspetuosas» (en referencia a los oligopolios). Reconociendo las dificultades que eso entrañaba para su análisis del empresario, en ese artículo dio el gran paso de retirar la función innovadora de las manos del empresario y atribuirla a las grandes corporaciones, y de considerar que todo un ejército de especialistas habían convertido la innovación en una rutina, aunque sin el dinamismo empresarial de antaño. ¹¹ No obstante, este cambio en el modelo apenas fue percibido por el mundo económico en su conjunto hasta que, en 1942, Schumpeter lo llevara aún más allá en *Capitalismo, socialismo y democracia*, en el contexto de un conflicto con la economía del *New Deal*.

El argumento económico clave de *Capitalismo, socialismo y democracia* se desarrollaba en la segunda parte del libro, titulada «¿Puede sobrevivir el capitalismo?» (La famosa respuesta de Schumpeter era: «No. Creo que no puede»). En ella se encargaba de refutar las críticas del *New Deal* al capitalismo por su tendencia al monopolio y al estancamiento. Aunque Schumpeter no negaba (en el gran debate sobre el estancamiento de finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 provocado por la Gran Depresión) que, efectivamente, el sistema se estaba estancando, insistía en que las causas eran más sociológicas que económicas.

En el capítulo «Prácticas monopolistas» de *Capitalismo, socialismo y democracia*, Schumpeter desarrollaba argumentos explícitamente pensados para rebatir la crítica del *New Deal* a las grandes empresas en el contexto de la Gran Depresión. Sin embargo, esa defensa de los monopolios quedaba debilitada por el punto de vista de que, si bien la corporación monopolista era más eficiente en algunos aspectos que su predecesora competitiva, también dejaba sin vida el proceso capitalista. Aquí volvía a introducir su idea de que la corporación había asumido ahora la función empresarial y había automatizado el progreso. Tal como había resaltado en *Business Cycles* [Ciclos económicos]: «La mecanización del “progreso” puede provocar en los empresarios, los capitalistas y los rendimientos capitalistas unos efectos similares a los que podría haber producido el cesamiento del progreso técnico. A día de hoy, el empresario privado ya no es una figura tan importante como lo había sido en el pasado».¹² Para Schumpeter, el empresario en decadencia se convirtió en una explicación de los «muros que se derrumban» del capitalismo. «Económica y sociológicamente, directa e indirectamente», escribía en *Capitalismo, socialismo y democracia*, «la burguesía [...] depende del empresario, y, como clase, vive y morirá con él [...] La gigantesca unidad industrial perfectamente burocratizada solo desbanca en la actualidad a la empresa pequeña o mediana y “expropia” a sus propietarios, pero al final también desbanca al empresario y expropia a la burguesía como clase, que durante ese proceso pierde no solo sus ingresos sino aquello que es infinitamente más importante, su función».¹³

La perspectiva de Schumpeter sobre el estancamiento económico, es decir, sobre el fracaso de la economía para recuperarse totalmente hacia fines de la década de 1930, rechazaba el análisis keynesiano de la demanda efectiva en relación con la tendencia a un exceso de ahorro ligado a lo que Schumpeter llamaba «el desvanecimiento de las oportunidades de inversión». En este caso, el argumento iba dirigido principalmente a la obra del colega de Schumpeter en Harvard Alvin Hansen, que había publicado *Full Recovery or Stagnation?* [¿Recuperación plena o estancamiento?] en 1938 y *Fiscal Policy and Business Cycles* [Política fiscal y ciclos económicos] en 1941. Schumpeter negaba sencillamente que la intención de ahorro, en condiciones de una creciente madurez capitalista (con una industria muy desarrollada y una mayor importancia de las innovaciones en ahorro de capital) pudiera exceder las vías de inversión rentables. Al considerar la innovación como el elemento clave que determina la inversión, Schumpeter no podía comprender ni aceptar plenamente un análisis en el que la inversión sea en cierto modo autorrestringida.¹⁴

Al contrario que la explicación del estancamiento a partir de la acumulación, Schumpeter centró su análisis en lo que Sweezy iba a denominar más tarde la «teoría del estancamiento atribuido al *New Deal*», una teoría del tipo que defendían los conservadores en política. Según ese punto de vista, la causa principal del estancamiento económico prolongado era la legislación del *New Deal*, y no el proceso de acumulación (ni el de ahorro e inversión). En efecto, el Estado, al intervenir en la economía e intentar «dirigir el capitalismo de un modo anticapitalista», había interferido en la función empresarial, que era la clave del ciclo económico. Para Schumpeter, el aumento de las actitudes anticapitalistas, alimentado por los intelectuales, era un elemento crucial en el declive del capitalismo.¹⁵



Paul Sweezy (izquierda), con el historiador de la literatura y benefactor de Monthly Review F.O. Matthiessen en la década de 1940. Archivo de Monthly Review.

Schumpeter, tal como comentó en numerosas ocasiones, admiraba *La Teoría del desarrollo capitalista* como el primer intento satisfactorio de sintetizar el sistema marxista en términos de la economía moderna. Veía al propio Sweezy como un símbolo de la crisis del capitalismo, un consumado teórico económico marxista que desafiaba al capitalismo, por lo que respecta sobre todo al monopolio y el estancamiento.¹⁶

Sweezy, que había servido en la Segunda Guerra Mundial, primero en el ejército y posteriormente en la división de investigación y análisis de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y como editor del *European Political Report* de ese órgano, se había licenciado (con una estrella de bronce) en octubre de 1945. Le quedaban dos años y medio como profesor ayudante de economía en Harvard antes de optar a un puesto permanente. Sin embargo, debido al clima político-ideológico de la época, las posibilidades de llegar a alcanzar dicha titularidad (a pesar del fuerte respaldo de Schumpeter) eran escasas, y Sweezy renunció a su puesto en 1946, hacia la época de su famoso debate con Schumpeter, para dedicarse a tiempo completo a la investigación y la escritura.¹⁷

Todo ello forma el contexto bajo el que podemos contemplar las «Leyes del capitalismo» de Sweezy y todo el conjunto del debate Sweezy-Schumpeter. Al final de este artículo se incluye el resumen detallado que hizo Sweezy de su propia intervención, junto con mis comentarios para poner al lector en situación.

El argumento de Sweezy se centró principalmente en la cuestión de las leyes del movimiento capitalista, es decir, en qué era lo que constituía el motor principal del capitalismo. Para Schumpeter, como ya hemos visto, se trataba del *empresario*. Para Sweezy, era la *acumulación*: un proceso que trascendía al capitalista individual. Para Schumpeter, todas las características económicas específicas del capitalismo (beneficios, ahorro e inversión, intereses, el ciclo económico, incluso el capitalista, junto al desarrollo económico) derivaban de la función empresarial. Para Sweezy, en cambio, lo primero eran las principales características institucionales del capitalismo, que generaban una dinámica de acu-

mulación (D-M-D') ante la cual la innovación (la destrucción creativa de Schumpeter y la revolución de los medios de producción de Marx) no era más que una respuesta.

Esas distintas concepciones daban como resultado dos teorías del capitalismo y de la crisis radicalmente diferentes. En el caso de Schumpeter, el ciclo económico estaba relacionado principalmente con los ciclos de innovación; para Sweezy, este tenía que ver sobre todo con los ciclos de acumulación. En consecuencia, para Schumpeter las crisis no se debían básicamente a los fallos en el proceso de acumulación (ahorro e inversión), que tenían tendencia a equilibrarse por sí solos. Por el contrario, para Sweezy, era precisamente el proceso de acumulación el que desempeñaba el papel fundamental en cualquier crisis.



Harvard University, Harvard University Archives, W.167.22.1

Joseph A. Schumpeter en el debate con Paul M. Sweezy en el Littauer Center de Harvard. Cortesía de los Archivos de la Universidad de Harvard, signatura HUGBS 276.90p(40).

Por último, estaba también la cuestión de los monopolios, del estancamiento y de la transición del capitalismo al socialismo. Schumpeter había sugerido en 1928 que el «capitalismo de los *trusts*» generaba una mayor estabilidad económica al atenuar la destrucción creativa y, por lo tanto, las crisis (a través de un proceso de automatización de la innovación), al tiempo que socavaba los cimientos sociológicos del capitalismo al desplazar al empresario individual. Durante el debate, Sweezy invitó a Schumpeter, en el período posterior a la Gran Depresión, a que repensara la noción de que el capitalismo basado en monopolios era una fuerza de estabilidad económica.

En cierto sentido, el debate entre Sweezy y Schumpeter fue una decepción para los muchos economistas y personas interesadas que llenaban aquella noche el auditorio

Littauer. Schumpeter, tal como han comentado todos sus amigos y colegas más íntimos, era extraordinariamente reticente a hablar en público de su propia obra e ideas. Simplemente, se resistía a hacerlo ante cualquier petición, en consonancia con lo que era sin duda un firme principio personal e intelectual que, por alguna razón, nunca llegó a expresar.¹⁸ En aquella ocasión, se mantuvo fiel a sí mismo a tal respecto y, pese a los intentos de Sweezy para que Schumpeter cambiara de actitud y el debate versara sobre las diferencias entre los sistemas marxista (y keynesiano) y schumpeteriano, este se negó a responder directamente con comentarios sobre su propio sistema de pensamiento. Tal y como escribió Eduard März, que estaba presente en aquella ocasión, en *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher, and Statesman* [Schumpeter: académico, profesor y estadista]: «Durante un debate con público sobre el significado actual del socialismo, Paul M. Sweezy, por entonces el miembro más joven de la facultad de economía de Harvard, comentó los puntos principales de la teoría schumpeteriana y pidió a su eminente colega que diera su opinión sobre algunos de los temas de controversia *expressis verbis*. Schumpeter ignoró el desafío de Sweezy y comenzó un prolijo panegírico sobre el sistema económico de los Estados Unidos, sin prestar atención a los provocativos comentarios de los estudiantes».¹⁹ En palabras de Allen, «Schumpeter “perdió” el debate. La versión idealizada del debate que ofrece Samuelson no revela la incomodidad habitual de Schumpeter a la hora de proponer y defender sus puntos de vista. Incapaz de exponer adecuadamente su teoría del desarrollo, permitió que Sweezy tomara y mantuviera la iniciativa; después, a la defensiva, Schumpeter no supo contraatacar ni desenvolverse bien».²⁰

Si Schumpeter no respondió directamente a las críticas de Sweezy a su sistema, ¿cuál fue el carácter general de su respuesta? Teniendo en cuenta los comentarios de März, podemos suponer que Schumpeter se centró en el tema de la economía estadounidense. Acababa de escribir en julio de 1946 un nuevo capítulo 28 de *Capitalismo, socialismo y democracia*, titulado «Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial», que trataba sobre la situación económica después del final de la guerra. La nueva edición del libro se publicó en 1947 y, en el momento del debate con Sweezy, estaba ya en imprenta, aunque aún no había sido publicada. Así pues, parece razonable pensar que Schumpeter se basó para su intervención en la sección «Las posibilidades económicas en los Estados Unidos» y, en especial, en el apartado «La tesis del estancamiento», tal como se presentaba en aquel nuevo capítulo. Allí, Schumpeter arremetía (con mucho menos comedimiento que en la primera edición de la obra) contra Keynes y contra aquellos a quienes calificaba de «estancamentistas». En particular, negaba que pudiera existir un problema persistente de «exceso de ahorro». No había «nada que temer», escribía, «ante la propensión de la gente a ahorrar». Al mismo tiempo, defendía que la acción del Estado y las elevadas tasas salariales habían producido una «dislocación de la planificación empresarial» que había debilitado las posibilidades reales de un crecimiento económico rápido y había abierto las puertas a la desaparición final del sistema.²¹

No obstante, la atmósfera electrizante que se respiraba en aquella ocasión en el auditorio Littauer parece ser que condujo el debate más allá de las intenciones iniciales de ambos protagonistas y llevó a estos (en el toma y daca que siguió a las intervenciones) a ofrecer valoraciones generales sobre el capitalismo y las perspectivas de advenimiento del socialismo. Leontief, como moderador, resumía los puntos de vista que se expresaron:

El paciente es el capitalismo. ¿Cuál será su destino? Nuestros oradores coinciden en que el paciente está sin duda agonizando. Pero las bases de sus diagnósticos no podrían ser más diferentes.

Por un lado está Sweezy, que utiliza los análisis de Marx y Lenin para deducir que el paciente está muriendo de un cáncer maligno. Terminantemente, una operación no serviría de nada. El fin es irremisible.

Por otro lado está Schumpeter. Él también reconoce, más bien alegremente, que el paciente agoniza. (Su novia ya murió en 1914 y el banco de lágrimas hace tiempo que se agotó.) Para Schumpeter, sin embargo, el paciente se muere de una enfermedad psicosomática. No se queja de cáncer, sino de neurosis. Lleno de odio hacia sí mismo, ha perdido la voluntad de vivir.

Bajo este punto de vista, el capitalismo es un sistema antipático, y lo que es antipático no puede suscitar simpatía. El propio Paul Sweezy es un talismán y un presagio de esa alienación que sellará la perdición del sistema.²²

Schumpeter hizo referencia, por tanto, a las crecientes influencias anticapitalistas en la sociedad como razón del declive del sistema, y se divirtió poniendo al propio Sweezy como ejemplo. En realidad, fue eso lo que indujo a Samuelson a recordar el debate en su columna para *Newsweek* en 1970, momento en que estaba surgiendo la Nueva Izquierda en los campus universitarios. En 1968 se había creado la Asociación de Estudiantes para una Economía Política Radical, que desafiaba a la profesión económica ortodoxa, y Paul Sweezy representaba una fuente de inspiración y orientación para la joven generación de economistas políticos radicales. Para Samuelson, consternado por la rebelión en las aulas, eso solo parecía confirmar el punto de vista de Schumpeter en el debate de Harvard, más de dos decenios antes de que la «alienación de la juventud privilegiada» constituyera una amenaza para el sistema.²³

Hubo un incidente que destacó aquella noche en el auditorio Littauer y que contribuyó a la sensación general de regocijo. Como Sweezy recordaba posteriormente: «Durante el debate, Elizabeth Schumpeter intervino por un tiempo considerable (creo que para exponer un argumento en el que citaba la experiencia japonesa), y yo respondí con fingida aflicción que me parecía injusto que la familia Schumpeter sacara el armamento pesado. Eso enloqueció al público, tal como era mi intención».²⁴ En palabras de Allen, «la gente se echó a reír [en respuesta] y disfrutó inmensamente de la velada».²⁵

En años posteriores, Sweezy no tuvo tentación alguna de idealizar el debate con Schumpeter. Más bien, la importancia que pudo tener para él formaba parte de un debate mucho más amplio sobre el estancamiento que tuvo lugar a finales de la década de 1930 y a lo largo de la de 1940, y que, según todo indicaba, podía llegar a «convertirse en una de las controversias más importantes del pensamiento económico». En su conjunto, sin embargo, el tema del estancamiento de la acumulación de capital iba a quedar prematuramente enterrado debido al estímulo económico que representó la Segunda Guerra Mundial y al que siguió la relativa prosperidad de los primeros años de la posguerra.²⁶ Irónicamente, cuando el estancamiento reapareció por fin en las décadas de 1970 y 1980, la perspectiva schumpeteriana centrada en la oferta iba a triunfar sobre lo que quedaba de la economía keynesiana de la demanda.

En «Why Stagnation?», conferencia pronunciada en el Club de Economía de Harvard en 1982, así como en numerosos artículos y libros de la década de 1980 y principios de la de 1990, Sweezy insistía en que ya era hora de retomar el debate sobre el estancamiento. De este modo, regresó constantemente (junto a su co-editor en *Monthly Review* Harry Magdoff) a la disputa clásica entre Keynes-Hansen y Schumpeter, así como a las contribuciones marxistas al debate a través de la obra de Michal Kalecki y Josef Steindl, y del propio trabajo conjunto de Sweezy con Paul Baran en *El capital monopolista*.²⁷

En línea con todo esto, yo defiendo que, en la actualidad, en un momento de profundo estancamiento, la reanudación del debate sobre «las leyes del capitalismo» (centrado en la tendencia del capitalismo a la sobreacumulación y el estancamiento) es una necesidad si queremos desarrollar una evaluación realista del presente como historia. Por ello, si no por otras razones, el debate Sweezy-Schumpeter merece toda nuestra atención.

2. Las leyes del capitalismo

Paul M. Sweezy

Comentarios (columna derecha): John Bellamy Foster

1. El «circo romano» como motivo para iniciar la discusión.ⁱ

ⁱ Sweezy abría el debate de forma lúdica, diciendo que, al intervenir él en primer lugar, lo que hacía era preparar el combate de gladiadores para satisfacer el placer «perverso» del público: de ahí la utilización de «circo romano».

2. La génesis del título. La interpretación de Schumpeter: «mecanismos y tendencias de largo recorrido del desarrollo capitalista». Esto es justamente a lo que yo me refería, y creo que hace innecesaria cualquier discusión metodológica o filosófica sobre el significado de «leyes».ⁱⁱ

ⁱⁱ Lo que quiere decir es que, al utilizar el término «leyes», tanto Sweezy como Schumpeter estaban de acuerdo en que estas debían ser consideradas, a la manera de Marx, como «tendencias» históricas y en un contexto históricamente específico. Así, era natural que Schumpeter sacara a la luz la cuestión de las «tendencias de largo recorrido» y su relación con las «causas inherentes al mecanismo capitalista». Véase Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (en adelante *CSD*), p. 70.

3. En primer lugar, es probable que tanto él como yo encontremos amplias áreas de coincidencia. Permítaseme citar un fragmento de su último libro con el cual estoy completamente de acuerdo:

ⁱⁱⁱ Schumpeter, pp. *CSD*, 82-83. Sweezy se refería a este fragmento en su resumen y lo había subrayado en su copia del libro.

El capitalismo [...] es por naturaleza una forma o método de cambio económico y no solamente no es nunca estacionario, sino que nunca puede serlo. Y ese carácter de constante evolución del proceso capitalista no se debe meramente al hecho de que la vida económica transcurre en un entorno social y natural cambiante que, a través de sus cambios, altera los datos de la acción económica; ese hecho es importante y esos cambios (guerras, revoluciones y demás) condicionan a menudo el cambio industrial, pero no son sus motores principales. Y ese carácter evolutivo no se debe tampoco a un incremento casi automático de la población y el capital ni a los caprichos de unos sistemas monetarios sobre los que podría decirse lo mismo.ⁱⁱⁱ

4. Sin embargo, existe un desacuerdo importante en lo que respecta a qué es lo que pone en marcha ese proceso. La teoría de Schumpeter, tal y como yo la entiendo, es que la fuerza motora proviene del «empresario». El empresario es un innovador, un tipo sociológico reconocible (un «líder») que surge de todos los estratos de la sociedad. Es de suponer que ese tipo existe en otras sociedades, pero solo en el capitalismo sus representantes se dedican de un modo predominante a la esfera económica.^{iv}

5. Es probable que la gente no aprecie habitualmente cuán crucial es el empresario en la concepción de Schumpeter del proceso capitalista. Si lo eliminamos, nos encontraremos con el «flujo circular» del cual están ausentes, no solo la innovación, sino muchos otros de los rasgos más característicos del sistema. Por ejemplo, los beneficios y el interés y, por lo tanto, los

^{iv} En la frase que sigue al fragmento citado por Sweezy de *CSD* de Schumpeter, este proseguía diciendo: «*El impulso fundamental* que pone y mantiene en funcionamiento el motor capitalista procede de los nuevos bienes de los consumidores, los nuevos métodos de producción o transporte, los nuevos mercados, las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista» (el subrayado fue añadido por Sweezy en su copia del libro de Schumpeter). Aquí, el argumento de Schumpeter es que la innovación empresarial es el principal motor del capitalismo, exactamente la cuestión concreta que Sweezy busca rebatir.

^v Sweezy indica aquí que, en el sistema de Schumpeter, no solo el desarrollo económico se deriva del liderazgo del empresario al llevar a cabo la innovación (nuevos métodos y combinaciones de producción), sino que todas las características institucionales del capitalismo se derivan también del mismo.

ahorros y la inversión, es decir, las formas más importantes de ingresos capitalistas y su modo más típico de disposición. *Estos se derivan de la actividad del empresario.* Además, claro está, sí se suele apreciar en general que este es el origen del ciclo económico en la teoría de Schumpeter.^v

6. Contrástese eso con el punto de vista marxista. El beneficio tiene su origen en la estructura institucional de la economía. A su vez, eso da forma al comportamiento de los capitalistas. Ilústrese con la fórmula D-M-D'. La búsqueda de beneficios *implica* acumulación e innovación. No hay razón alguna para negar la existencia el tipo emprendedor de Schumpeter, pero su importancia se evalúa de un modo muy diferente. Para él, el empresario ocupa el centro del escenario; el proceso de acumulación es un derivado. Para mí, lo primario es el proceso de acumulación; el empresario se alinea con él y desempeña un papel en el mismo.^{vi}

7. Permítaseme continuar señalando algunas de las consecuencias de esos dos enfoques de la teoría del ciclo. La teoría de Schumpeter del agrupamiento y absorción de innovaciones les resultará a ustedes familiar. Por regla general, niega (o, por lo menos, descarta poderosamente) lo que podrían llamarse problemas de ahorro e inversión. Para entendernos, estos los crean los empresarios; son incidencias del proceso de innovación. En principio, la economía se adapta a la actividad de los empresarios. Estos pueden imponer una tasa elevada de ahorro e inversión. No obstante, si no lo hacen, la economía se

^{vi} Aquí, Sweezy se refiere al proceso de acumulación en los términos de Marx (véase *El capital*, vol. 1, segunda parte: «La transformación de dinero en capital»), como un proceso D[inero]-M[mercancía]-D[inero]', donde el signo «'» representa el ΔD o plusvalía ganado al final del intercambio. El capital se define así como un valor que se autoexpande en el cual D', en un periodo de producción, da pie a D'' en el siguiente, y a D''' en el siguiente a este, y así sucesivamente, sin que el proceso tenga final. Para Sweezy, «D-M-D' es el latido que bombea el flujo sanguíneo monetario del sistema a través de sus arterias y venas. Tanto en un caso como en el otro, la salud del sistema depende del funcionamiento adecuado del corazón: la irregularidad o la debilidad provoca una enfermedad sistémica y, en casos extremos, pone en peligro la vida misma». Magdoff y Sweezy, *Stagnation and the Financial Crisis*, p. 158.

^{vii} El argumento de Sweezy sugiere que en el enfoque de la oferta de Schumpeter, que se concentra en la innovación empresarial como causa principal de las fluctuaciones del ciclo económico, hay una adopción implícita de la Ley de Saw (la oferta crea su propia demanda), según la cual el sistema se equilibra automáticamente (por lo menos a la larga) con respecto al ahorro y la inversión, sin crear contradicciones. De ese modo, la perspectiva de Schumpeter es opuesta tanto a la de Marx como a la de Keynes. Schumpeter defendía que la crítica de Keynes (y la de Marx) a la Ley de Saw era exagerada, y en realidad solo era apli-

contentaría con un nivel de consumo elevado. A la larga, sencillamente no hay ningún tipo de problema, fundamentalmente la economía se está reajustando.^{vii}

8. Si, por contra, la acumulación es el factor principal, la cosa cambia. No hay ningún mecanismo en el sistema para ajustar las oportunidades de inversión al modo en que los capitalistas quieran acumular, y ninguna razón para suponer que si las oportunidades de inversión son inadecuadas, los capitalistas se concentrarán en el consumo, más bien al contrario. Por lo tanto, bajo este punto de vista, los problemas del ahorro y la inversión son endémicos del sistema capitalista.^{viii}

9. Eso implica una visión muy diferente de los problemas del ciclo. No tengo intención de profundizar en la cuestión, pero diré que no entiendo por qué se considera tan importante tener una teoría del ciclo uniforme. Creo que hay varias razones que pueden explicar la caída de un boom, y es fácil explicar por qué a una depresión le debe seguir una revitalización. Me encantaría escuchar opiniones sobre esta visión, que incluso puede llegar a ser considerada herética desde el punto de vista marxista.^{ix}

10. Finalmente, un punto más, aunque probablemente ya haya soltado liebres suficientes como para que nos pasemos

cable a un «caso especial». Véase Schumpeter, *History of Economic Analysis*, p. 624. De hecho, la principal objeción de Schumpeter a Keynes era que este había propuesto «una doctrina que tal vez no diga concretamente, pero que es muy fácil hacerla decir a la vez que “quien intenta ahorrar destruye el verdadero capital”, y que, a través del ahorro, “la distribución desigual de los ingresos es la causa primordial del desempleo”. Esto es lo que significa la revolución keynesiana». Joseph A. Schumpeter, *Ten Great Economists*, Oxford University Press, Nueva York, 1951, p. 290.

^{viii} Este argumento no es solo la conclusión principal de la revolución keynesiana, sino que Sweezy lo presenta aquí de modo que se integra en el análisis marxista de la acumulación, generando una teoría del exceso de acumulación. Eso constituía un desafío directo al punto de vista de Schumpeter, puesto que este había restado importancia explícitamente a las «alteraciones en el proceso de ahorro e inversión», que, según afirmaba, se debían a «la tendencia [en economía] a exagerar». Schumpeter, *CSD*, p. 120.

^{ix} Aquí, Sweezy parece decir que no existe ninguna razón para suponer que el ciclo económico muestra una uniformidad matemática entre las fases alta y baja del ciclo, sino que es posible una gran variedad, precisamente porque la acumulación (o el proceso de ahorro e inversión) está sujeto a toda clase de traspies.

^x Para Sweezy, el ensayo de 1928 de Schumpeter «The Instability of Capitalism» era crucial, ya que planteaba el tema del

toda la velada persiguiéndolas. Ya en «La inestabilidad del capitalismo», Schumpeter adoptó la postura de que la tendencia del capitalismo a producir *trusts* estaba alterando radicalmente la naturaleza del empresario y su papel tradicional, racionalizándolo, convirtiéndolo en una rutina e institucionalizándolo. Eso debería conllevar una mayor estabilidad. El mismo punto de vista sobre lo que está sucediendo a la empresa se expresa de un modo todavía más firme en *Capitalismo, socialismo y democracia*. Pero yo sostengo que el capitalismo no ha dado muestra alguna de volverse más estable. ¿Qué tiene que decir ahora el profesor Schumpeter sobre este problema? ¿Considera que la teoría que le atribuyo ya no es aplicable? De ser así, ¿qué ocupa su lugar? Si no lo es, ¿cómo explicar la discrepancia aparente entre las expectativas que despierta y los hechos observados?»^x

paso del capitalismo competitivo al de monopolios (que Schumpeter llamaba «*trusts*»), la relación de este hecho con la estabilidad económica, y la cuestión de la transición del capitalismo al socialismo. En ese ensayo, Schumpeter había llegado a la conclusión de que el capitalismo de *trusts*, al automatizar la innovación dentro de la gran empresa, había producido «la consecuencia de que la única causa [económica] fundamental de inestabilidad inherente al sistema capitalista está perdiendo su importancia a medida que pasa el tiempo, e incluso puede llegar a desaparecer». En otras palabras, el efecto de la destrucción creativa en la generación de grandes movimientos del ciclo económico que desestabilizarían el sistema estaba disminuyendo. Schumpeter, *Essays*, p. 71. Al mismo tiempo, Schumpeter defendía que los fundamentos sociológicos del capitalismo se estaban eliminando como consecuencia de la desaparición del empresario como tipo social, apuntando en la dirección del socialismo. Aunque Schumpeter retomó de nuevo ese problema en 1942, en *CSD*, la parte económica del argumento, en opinión de Sweezy, no se había desarrollado, y Schumpeter no conseguía plantear consistente y coherentemente la relación entre la creciente monopolización y la cada vez mayor inestabilidad económica del capitalismo. De ese modo, el punto final de la intervención de Sweezy tenía como objetivo conseguir que Schumpeter respondiera a las cuestiones del capitalismo de monopolios, la crisis económica estructural, y la inestabilidad del sistema en su conjunto. Por supuesto, esos temas eran fundamentales en la propia obra de Sweezy, e iban a ser plenamente desarrollados en *Monopoly Capital*, de Paul M. Sweezy y Paul A. Baran (Monthly Review Press, Nueva York, 1966).

Notas

1. El 16 de enero de 1984, en una carta al biógrafo de Schumpeter, Robert Loring Allen, sobre el debate de 1946, y en otras ocasiones en las décadas de 1980 y 1990, Sweezy indicaba que no recordaba demasiado bien el contenido intelectual detallado del debate, pese a conservar vivos recuerdos del acontecimiento en su conjunto, que fue, en sus propias palabras, «un encuentro amistoso, del que todo el mundo pareció disfrutar». Parece razonable suponer, por tanto, que Sweezy había olvidado el manuscrito que había dejado en la edición de 1942 del libro de Schumpeter.
2. Robert Loring Allen, *Opening Doors: The Life and Work of Joseph Schumpeter*, Transaction Publishers, New Brunswick (Nueva Jersey), 1991, p. 170. Allen recabó la información sobre los orígenes del debate a partir de la correspondencia incluida en la documentación sobre Schumpeter en el archivo de la universidad de Harvard.
3. Samuelson se equivocaba en este punto. El padre de Sweezy no fue directivo del banco de Morgan sino vicepresidente del banco de George F. Baker, el antiguo First National Bank de Nueva York, uno de los predecesores del City Bank. Baker fue un íntimo aliado de Morgan y uno de los gigantes financieros de principios del siglo xx. Sobre Everett B. Sweezy (el padre de Paul), véase el libro de Sheridan A. Logan, *George F. Baker and His Bank*, S.A. Logan, St. Josep (Missouri), 1981, pp. 376-379.
4. Paul A. Samuelson, *Collected Scientific Papers*, vol. 3, MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1972, p. 710.
5. Joseph A. Schumpeter, *Essays*, Addison-Wesley, Cambridge, 1951, p. 160.
6. Paul M. Sweezy (Larchmont) a Sol Adler (Pekín), 29 de septiembre, 1987.
7. Paul M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Monthly Review Press, Nueva York, 1970, ix. (Trad. española: *Teoría del desarrollo capitalista*, Ed. Hacer, Barcelona, 2007.)
8. Joseph A. Schumpeter, *The Theory of Economic Development*, Oxford University Press, Nueva York, 1961; Paul M. Sweezy, *The Present as History*, Monthly Review Press, Nueva York, 1953, pp. 267-273; John Bellamy Foster, «Theories of Capitalist Transformation: Critical Notes on the Comparison of Marx and Schumpeter», *Quarterly Journal of Economics* 98, nº 2, mayo de 1983, 327-331.
9. Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Penguin, Londres, 1976, p. 742, y Marx, *Capital*, vol. 2, Londres, 1978, pp. 468-599.
10. Sweezy, *The Present as History*, p. 282.
11. Schumpeter, *Essays*, pp. 47-72; Paul M. Sweezy, *Modern Capitalism and Other Essays*, Monthly Review Press, Nueva York, 1972, p. 32.
12. Joseph A. Schumpeter, *Business Cycles*, vol. 2, McGraw Hill, Nueva York, 1939, p. 1.034. Lo que se conoce en literatura económica y sociológica como «la tesis Schumpeter», según la cual las grandes firmas son más innovadoras que las más pequeñas y competitivas, es una burda distorsión del propio argumento de Schumpeter, tanto en lo que respecta a los detalles económicos como, todavía más, a su análisis completo (tanto económico como sociológico) de los efectos del declive del empresario. Para un excelente tratamiento sobre el tema, véase Anne Mayhew, «Schumpeterian Capitalism versus the “Schumpeterian Thesis”», *Journal of Economic Issues* 14, nº 2, junio de 1980, pp. 583-592.
13. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Harper and Row, Nueva York, 1942, p. 134. (Trad. española: *Capitalismo, socialismo y democracia* (2 vols.), Ediciones Folio, Barcelona, 1996.) Acerca de la teoría completa de Schumpeter sobre el auge y declive del capitalismo, véase John Bellamy Foster, «The Political Economy of Joseph Schumpeter: A Theory of Capitalist Development and Decline», *Studies in Political Economy* 15, otoño de 1984, pp. 5-42.
14. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, pp. 111-120; Alvin H. Hansen, *Full Recovery or Stagnation?*, W.W. Norton, Nueva York, 1941; y William E. Stoneman, *A History of the Economic Analysis of the Great Depression in America*, Garland Publishing, Nueva York, 1979, pp. 151-166. En una carta con fecha de 10 de abril de 1991 al biógrafo de Schumpeter Wolfgang Stolper, que había pedido a Sweezy que le comentara el manuscrito de la biografía, Sweezy escribió: «Tal vez mi mayor influencia sobre usted (y sobre Joe) se menciona en varios pasajes [...] Creo entender que ambos *identifican* las innovaciones con las oportunidades de inversión rentables y extraen la conclusión de que ya que el suministro de innovaciones es teóricamente inagotable, lo mismo puede decirse de las oportunidades de inversión rentables». Paul M. Sweezy a Wolfgang Stolper, 10 de abril de 1991;

- Wolfgang Stöpler, *Joseph A. Schumpeter: The Public Life a Private Man*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1994.
15. Schumpeter, *Business Cycles*, vol. 2, pp. 1.036-1.037, y *Capitalism, Socialism, and Democracy*, pp. 145-155; Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Monthly Review Press, Nueva York, 1987, pp. 30-32.
 16. Sobre el punto de vista de Schumpeter acerca del libro de Sweezy, véase Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Oxford University Press, Nueva York, 1954, pp. 392, 884-885, y Richard Swedberg, *Schumpeter: A Biography*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1991, p. 140.
 17. Véase John Bellamy Foster, «The Commitment of an Intellectual: Paul M. Sweezy (1910-2004)», *Monthly Review* 56, nº 5, octubre de 2004, pp. 14-15.
 18. Sobre la enorme reticencia de Schumpeter a hablar de sus propias contribuciones teóricas, incluso cuando se le preguntaba directamente, véase Paul M. Sweezy, «Introduction», en Joseph A. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1951, pp. viii, ix.
 19. Eduard März, *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher, and Politician*, Yale University Press, New Haven, 1991, p. 165. März no especifica en qué ocasión tuvo lugar el debate que presencié. Pero él llegó a Harvard en 1941, y Sweezy estuvo en Europa sirviendo en la OSS entre 1942 y otoño de 1945, por lo que es casi seguro que estos comentarios se refieren al debate del trimestre de invierno de 1946-1947 en el auditorio Littauer. Además, sus comentarios coinciden con otros testimonios sobre el debate.
 20. Allen, *Opening Doors*, p. 171.
 21. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, pp. 380-398.
 22. Leontief, citado en Samuelson, *Collected Scientific Papers*, p. 710.
 23. Samuelson, *Collected Scientific Papers*, vol. 3, p. 710.
 24. Sweezy a Allen, 16 de enero de 1984. Que todo ello lo hacían con afán de diversión, en especial por lo que respecta a las partes más implicadas, lo demuestra el hecho de que Elizabeth Boody Schumpeter y Sweezy también eran buenos amigos, y que Sweezy desempeñó un papel «voluntario e involuntario», como dijo más adelante, en ayudarla a intimar con Schumpeter. Cuando se casó con Elizabeth en 1937, Schumpeter escribió con buen humor que (tal como Sweezy recordaba posteriormente) «había sido todo culpa mía, maldita sea [risas]. Tuve que negar toda responsabilidad. Sin duda, no hice nada para promover la relación por voluntad propia». Entrevista con Sweezy, Columbia University Oral History Project, 10 de diciembre de 1986, sesión 3, pp. 81-82. Con posterioridad, Sweezy ayudó a Elizabeth Schumpeter a preparar la obra póstuma de su marido *History of Economic Analysis*.
 25. Allen, *Opening Doors*, p. 171.
 26. Magdoff y Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, p. 332.
 27. Véase Magdoff y Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, pp. 7-10, 29-38, 43-45.